

**“BENEDICTUS MONTES AMABAT”  
HISTORIA DE LA FUNDACION DEL MONASTERIO  
DE LA SMA. TRINIDAD DE LAS CONDES CHILE (III)<sup>69</sup>**

*Dolores de parto (1935-1937)*

El 23 de febrero de 1935 el Papa Pío XI había elegido a Don Juan Subercaseaux, hermano del monje benedictino Dom Pedro, Obispo de Linares. El 28 de abril del mismo año fue consagrado en la Catedral de Santiago por el Nuncio papal, Mons. Ettore Felici, siendo asistentes Mons. Gilberto Fuenzalida, Obispo de Concepción y Mons. Prudencio Contardo, Obispo Titular de Cabasa. Los superiores de D. Pedro lo autorizaron para que estuviera presente en esta consagración, lo cual le permitió viajar por segunda vez a Chile. En vista de las circunstancias, este viaje fue interpretado por todos como un primer paso hacia la ejecución del proyecto de fundación del monasterio. Sin embargo, el P. Abad de Solesmes no había dado a D. Pedro ninguna instrucción en este sentido, más aún: le había recomendado que dejara constancia del carácter meramente privado de su viaje. La expectación de los círculos santiaguinos había aumentado tanto que habían comenzado a llegar donaciones y se habían presentado postulantes para el futuro monasterio. ¿Cómo D. Pedro iba a defraudar tanta buena voluntad? De acuerdo con el P. Prior de Quarr estableció un fondo para la fundación cuya administración confió a la Curia Arquidiocesana de Santiago, ya que no había recibido facultades para aceptar donaciones en nombre del P. Abad de Solesmes. El obsequio más importante consistía en un terreno de 20 hectáreas en Las Condes, a un tercio del camino entre Tropezón y Barnechea, propiedad de la Sra. Loreto Cousiño, viuda de D. Ricardo Lyon, y emparentada por tanto con la esposa de D. Pedro, doña Elvira Lyon. En carta del 6 de junio de 1935 la donante comunicaba al Sr. Arzobispo de Santiago, Mons. Horacio Campillo:

“El único anhelo que tengo es que ellos (los monjes benedictinos) empiecen la fundación cuanto antes sea posible. Ruego encarecidamente a V. E. dé a los P.P. benedictinos todas las facilidades del caso, eliminando todas las condiciones que puedan atrasar los trabajos, porque por mi mala salud puedo morir de un momento a otro y quisiera ver ante todo esto bien arreglado”.

En agosto de 1935 se le envió al Abad de Solesmes un informe completo sobre estas importantes donaciones y sobre las personas de los diversos postulantes. Desafortunadamente este documento se cruzó con una carta del P. Abad a D. Pedro en que, sin rodeos y sin rozar siquiera el tema de una eventual fundación, le ordenaba retornar a su Monasterio de Quarr, en Inglaterra. D. Pedro obedeció en el acto y de este modo se retornaba al “status quo” de 1930.

El renovado testimonio de obediencia y humildad por el cual D. Pedro desaparecía literalmente del círculo pro-benedictino de Santiago, lejos de reducir a éste a la resignación, estimuló nuevas iniciativas. D. León Subercaseaux, hermano menor de D. Pedro y agregado cultural de la embajada de Chile en Roma, se entrevistó con Mons. Borgognini Duca en el Vaticano, con la esperanza de lograr algo por la vía diplomática. El 8 de diciembre de 1935 éste comunicaba a D. León que había conversado con el Santo Padre y con el Cardenal Secretario de Estado Pacelli sobre la fundación benedictina en Chile y que ambos favorecían de todo corazón la realización de aquella idea. Pero todo en vano: el Olimpo de Solesmes permanecía cubierto de nubes. En esta situación delicada, en que los espíritus corrían el peligro de amargarse y la humilde y tenaz expectación de los santiaguinos amenazaba torcerse

---

<sup>69</sup> Ver la Iª Parte en *CuadMon* 42, julio-septiembre 1977, y la IIª Parte en *CuadMon* 45, abril-junio 1978.

a impaciencia, D. Pedro escribía a su hermano Juan una carta consoladora que revela el firme arraigo de su fe y la belleza de su alma magnánima. El documento está fechado en la fiesta de la Candelaria, es decir, el 2 de febrero de 1936 y reza así:

“Querido Juan:

Hace mucho tiempo que espero una palabra tuya, una opinión tuya sobre el estado actual de nuestros proyectos monásticos. Sólo me ha llegado, hará como dos meses, un papelito tuyo en que dices que estás muy ocupado y casi nada más. Comprendo muy bien que lo estés, muy ocupado. Surgirán seguramente nuevos asuntos, cada día y tienes la obra de tu Catedral. ¿Cómo va eso? De las pocas cartas que me llegan de casa (creo que han sido tres o cuatro, en todo, desde mi vuelta) saco que estás en pleno trabajo. Va ganando la catedral de Linares y la Abadía de Las Condes va quedando atrás con un serio handicap. Pero no me desaliento ni por un momento. Estoy todavía sin noticia alguna ni de Solesmes, ni de Roma. Pero esto no tiene todavía nada de alarmante. Lo importante es que se mantenga el moral entre los nuestros en Santiago. Sobre, ese punto me han llegado cartas tranquilizadoras de Jorge Larraín y de Carlos Peña, el encargado de la parte agrícola. Me dice Jorge que la señora Loreto sigue dando su cuota mensual. Le he escrito a ella y seguiré por cierto haciéndolo, pues es importante que no se desanime. La confianza con que espero los acontecimientos no está basada en ilusiones, ni en que no veo las dificultades muy serias que nos impiden avanzar. Esas dificultades son, te diré en reserva, bastante mayores de lo que se imaginan en Santiago, pero si las supieran perderían el ánimo.

Lo que me parece ver muy claro es que esta empresa es obra de Dios, empezada y dirigida por El. Y por eso tengo la convicción de que El no la abandonará si seguimos confiando en El. Desde mi llegada acá me he sentido alentado a la confianza por una continua serie de pequeñas coincidencias, palabras de la liturgia, lecturas, etc. que no pueden ser todas resultados de la casualidad. Es sobre todo en la liturgia en que hallo casi día a día contestaciones a mis dudas y aliento cuando vienen tentaciones de desanimarme. Una de esas frases que se destacan de repente en medio del Oficio divino me está ahora sirviendo de programa: “*Delectare in Domino et ipse dabit tibi petitiones cordis tui*”, “Sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón” (*Salmo 36,4*). ¿Qué más claro que eso? No tengo más que deleitarme en esta vida ideal de Quarr y lo que deseo vendrá solito, sin que tenga yo que inquietarme por ello. Estoy tan convencido de que será así, que estoy dedicado de lleno a los preparativos que puedo hacer aquí. Mientras no me den otra obediencia, todos mis estudios, lecturas, trabajos de arte, los hago con un fin determinado para que nos sirvan en Las Condes y son cosas que no podría hacer sino en la calma que me da esta vida de Quarr. No dudo que más tarde tendré que darle gracias a Dios por este período de paz entre dos batallas...

De Colombia me escribió hace poco un nuevo aspirante, un seminarista de Bogotá. Al comparar los sentimientos que demuestran la generalidad de los candidatos sudamericanos con los que veo aquí, no cabe duda que entre los de nuestra tierra existe un ideal más alto y una comprensión muy superior de la vida monástica que entre los ingleses. Estamos aquí bajo la triste impresión de lo que acaba de pasar con el muchacho Benedict a quien recordarás bien y que se acaba de ir. Todos lo consideraban como un postulante modelo, a pesar de que últimamente se mostraba más reservado que de costumbre y un poco inquieto. Declaró de repente que no tenía vocación y se fue a su casa en Ryde. Dice que conserva mucha gratitud a todos en Quarr, pero que está muy feliz en su casa, porque se levanta cuando le da la gana y tiene “eggs and bacon for breakfast” (desayuno de jamón y huevo). ¡El colmo de la felicidad! ...

Hoy, cosa muy rara, brilla el sol. Desde mi vuelta no ha hecho más que llover sin parar. Si no fuera por las colinas de esta isla estaríamos tan inundados como el resto de Europa. Poca diferencia me hace a mí. Lo que importa es el “Lumen ad revelationem gentium”. Que te guíe esta luz divina en tu tan alto ministerio pastoral. Pidiéndote una bendición te abraza tu hermano afectísimo.

*Pedro*”.

En los meses de marzo y abril de 1936 el intercambio epistolar entre D. Pedro y la benefactora Doña Loreto Cousiño de Lyon, conduciría a la definición del título del futuro monasterio. Doña Loreto, tenía una devoción muy particular al Padre Eterno e insistía en que el monasterio fuese consagrado y se llamase “Monasterio del Padre Eterno”. Afortunadamente en Solesmes no se llegó a saber nada de esta devoción de la principal benefactora, ya que podría haber servido de nuevo argumento en contra de la fundación en Chile. Con mucha paciencia y diplomacia D. Pedro y sus parientes lograron que Doña Loreto, desistiese de esta “conditio sine qua non” y que consintiese en el título más tradicional de la Sma. Trinidad. Es así como dos años antes de su efectiva fundación se hablaba ya del “Monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes”.

Después que los esfuerzos de D. León Subercaseaux de alcanzar por medio del Nuncio Mons. Borgognini Duca que el mismo Papa Pío XI se interesase por la proyectada fundación no hubiesen fructificado en decisiones concretas, se dirigió directamente al Cardenal Secretario de Estado Pacelli. Este, requerido así por tercera vez en relación a la fundación benedictina en Chile, prometió su más activo apoyo. En una audiencia especial que concedió al P. Abad Primado de los benedictinos, D. Fidelis von Stotzingen, el Cardenal Pacelli hizo saber a éste el gran interés de la Santa Sede por la fundación solesmense en Chile. El 24 de abril de 1936 el Cardenal Secretario de Estado informaba a D. León Subercaseaux, que a la sazón reemplazaba en calidad de Encargado de Negocios al Embajador de Chile ante el Quirinal, sobre su entrevista con el P. Abad Primado. En este documento de la Secretaría de Estado afloran dos ideas del Cardenal Pacelli que iban a revelarse como proféticas: 1° que la Congregación de Solesmes iniciase y apoyase la fundación en Chile *“hasta que llegado el momento, pudiese formarse una Congregación sudamericana de monasterios benedictinos”*; 2° que si Solesmes no quisiese respaldar una fundación en Chile, *se recurriese a la Archiabadía alemana de Beuron*. Pocos días después el Cardenal recibía en audiencia privada a la esposa de D. León, Doña Paz Larrain de Subercaseaux y le manifestaba confidencialmente que preferiría que el monasterio en Chile fuese fundado por los benedictinos alemanes de Beuron, que no por los franceses de Solesmes. Doña Paz comunicó inmediatamente esta sugerencia a su cuñado D. Pedro, terminando su carta con las palabras: “Todos hemos tomado muy a pecho esta fundación”. Si se considera que los benedictinos franceses, aunque fundaron el monasterio por fin en 1938 lo abandonarían diez años más tarde y que después de ello efectivamente los monjes beuronenses irían a hacerse cargo del monasterio de Las Condes (1949), admira nuevamente la clarividencia de Eugenio Pacelli.

En su preferencia por los monjes alemanes el Cardenal Secretario de Estado encontró en el Abad Primado von Stotzingen un fiel y devoto apoyo. Una nueva circunstancia, esta vez de orden político, venía a reforzar las buenas disposiciones del P. Abad Primado: la evolución del régimen hitleriano en Alemania hacía temer una supresión o expulsión de las comunidades religiosas. En previsión de este hecho la Abadía de María Laach ya había enviado a dos de sus monjes a los Estados Unidos en busca de un refugio; de esto se derivaría más tarde la fundación del Monasterio de Mount Saviour. No parecía absurdo buscar un refugio similar para la Archiabadía de Beuron en América del Sur. Por ello el Abad Primado, en carta al Cardenal Secretario de Estado se declaraba conforme con la idea de que la fundación de Las Condes fuese asumida por Beuron, *“nella speranza di trovare in tal modo nelle lontane regioni del Cile un refugio nel caso di una eventuale espulsione dalla Germania”*.

El 9 de mayo de 1936 D. Pedro respondía negativamente ante la sugerencia que con esperanzada ilusión le transmitía su familia de recurrir a las abadías alemanas. A su modo de ver los monjes franceses eran más afines a la idiosincrasia chilena; además estaba por venir a Quarr el Abad de Solesmes y D. Pedro confiaba obtener en esta visita su “sí” definitivo a la fundación. Agregaba:

“Soy tan testarudo que no me doy por vencido mientras me quede alguna esperanza: ‘Qui la dura la vince’. Si fuera por mí no me inquietaría más por todo esto, pero siento que en conciencia no puedo abandonar (sin que me manden expresamente que lo haga) una obra que promete tanto y que ofrece características tan providenciales, casi milagrosas, como me decía el Arzobispo de Santiago. Abandonarla sería tomar una grave responsabilidad ante Dios... No puedo tampoco desalentar a tantas personas que esperan su realización como un gran bien espiritual, como un medio necesario para su salvación y para la salvación de muchas otras almas. Si pudieran los superiores de Europa ver de cerca al grupo de candidatos que nos espera allá como los he visto yo, no perderían un momento para darles la fundación a que aspiran. Son sacerdotes, seminaristas y jóvenes de verdadero mérito y que se preparan a ser benedictinos con una seriedad, una constancia a toda prueba, como lo he visto sólo entre los mejores elementos que ingresan a nuestras abadías. Además las personas que ofrecen sus tierras o su dinero lo hacen con tanto entusiasmo y convicción y a veces con tan reales sacrificios (muchos han sufrido duramente con la crisis), que no hay valor para decirles que ya no se necesitan esos sacrificios, porque... Chile está muy lejos”.

En la misma carta D. Pedro adelanta una idea profética que no habría de tener realización concreta sino cuarenta años más tarde con la formación y aprobación de la Congregación benedictina del Cono Sur. Dice así:

“Si pudiera yo hablar directamente con el Abad Primado le daría razones en favor de la formación de una nueva Congregación benedictina hispano-americana o argentino-chilena. También pienso que la fundación se podría hacer bajo dependencia directa del Abad Primado, hasta que pudiera formarse la unión de los monasterios benedictinos de Hispanoamérica”.

Mientras D. Pedro especulaba con la visita del Abad de Solesmes y con la formación de una Congregación hispano-americana, en Chile los partidarios de la fundación recurrían a toda suerte de expedientes para evitar el fracaso del proyecto, que se veía como inminente. El 3 de junio de 1936 D. Juan Subercaseaux escribía una larga carta al Cardenal Schuster en la cual le explicaba la importancia de una abadía benedictina para la renovación litúrgica en Chile, sin recibir respuesta. Al mismo tiempo Mons. Rafael Edwards, Obispo Vicario Castrense de Chile, se entrevistaba en Roma con el P. Abad Primado y en Milán con el Cardenal Schuster para transmitirles el deseo del Episcopado chileno de una fundación benedictina en Chile. El 6 de junio de 1936 D. Juan Subercaseaux escribía al P. Abad Primado D. Fidelis von Stotzingen, rogándole que si no era posible que viniesen monjes franceses intercediera para que la nueva fundación se hiciese con monjes de Beuron o se uniese a la Abadía de San Benito de Buenos Aires, fundación de Silos y perteneciente a la Congregación de Solesmes, y agregaba:

“A pesar de las dificultades no perdemos el ánimo aquí en Chile. Nos acompaña la esperanza firme y la confianza segura que también nuestro país podrá contar algún día, como complemento absolutamente necesario de su organismo religioso, con un monasterio benedictino, capaz de atraer muchas vocaciones chilenas y de difundir alrededor de sí aquellos bienes que están llamados a irradiar los institutos monásticos verdaderamente tales”.

En otra carta Mons. Subercaseaux pedía a Mons. Edwards, que estaba en Roma en su visita “ad limina”, para que intercediera por la fundación ante las autoridades romanas. El mismo D. Ramón Subercaseaux, anciano y achacoso, fue a visitar al Nuncio apostólico en Santiago, para reforzar las gestiones de sus hijos Juan y Pedro.

A fines de junio del mismo año 1936 D. Pedro trataba de apaciguar a sus alborotados parientes y partidarios en Chile comunicándoles que la ansiada visita de Dom Germain Cozien, Abad de Solesmes, se había producido y que en la entrevista que había tenido con su superior éste le había dicho que no era en absoluto indiferente a la idea de una fundación en Chile, que lo consideraría, pero que por el momento no podía prometer nada definitivo.

El 6 de julio el Abad Primado comunicaba a Mons. Juan Subercaseaux la respuesta que había recibido de Solesmes en el sentido de que no se pensaba abandonar el proyecto de una fundación en Chile y que para acelerarlo se enviarían postulantes chilenos a absolver su noviciado en Solesmes o en Quarr y que volvieran a Chile una vez recibida una sólida formación monástica. Solamente si a esto se opusiesen obstáculos insalvables el P. Abad estaría dispuesto a enviar a algunos monjes franceses a Chile para iniciar los trabajos; pero que para esto había que esperar hasta que se encontrasen las personas idóneas. El Abad Primado añadía que la respuesta del Abad de Solesmes había que calificarla de “positiva” y que por tal motivo habría que prescindir de un llamado a los benedictinos alemanes.

En los mismos días, D. Pedro escribía a su hermano Juan:

“Me dice León (su hermano en Roma) que es inútil por ahora insistir en la Curia Romana para que tome nuestra fundación por cuenta propia, como lo había sugerido yo al principio por consejo del Abad Dom Delatte. Dije también desde el principio que sería inútil y hasta contraproducente el ejercer una simple presión sobre el Abad de Solesmes. Esto es, sin embargo, lo que se ha hecho, pero felizmente el P. Abad no lo ha tomado mal y se muestra con las mismas disposiciones de antes: favorable en principio, pero creyéndose incapaz por el momento de realizar la obra”.

El Vicario Castrense, Mons. Rafael Edwards, después de haber cumplido su cometido en Roma con el Abad Primado y en Milán con el Cardenal Schuster, se entrevistaba a fines de julio en Solesmes con el Abad Dom Cozien. En carta del 11 de agosto Mons. Edwards informaba a Mons. Juan Subercaseaux en los siguientes términos:

“Querido Juan:

Yo estoy cumpliendo el encargo de mis hermanos los obispos de Chile de hablar con el Rvmo. Abad de Solesmes Dom Cozien sobre la fundación de un monasterio chileno de esta Congregación de Solesmes. Le he manifestado con cierta tenacidad que todos los obispos de Chile deseamos vehementemente esta fundación y que pensamos que ella es un complemento del establecimiento de la Iglesia en Chile. Le he agregado que deseamos que sea Solesmes quien funde; por el gran poder de irradiación que tiene Francia y este su admirable monasterio y que no nos mueve al desear esta fundación el simple deseo de tener más operarios del evangelio en Chile (que hartos los necesitamos) sino el deseo específico de introducir la vida contemplativa y benedictina entre los hombres, para rendir un culto más perfecto a Dios, para atraernos mayores gracias y para señalar este ideal a nuestros fieles... El Rvmo. P. Abad me escuchó con gran paciencia y bondad. Me dijo en términos muy benévolos y sinceros que no era exacto que él se hubiese desinteresado de la fundación, que tenía interés en ella, pero que no podía resolverla - tratándose de una fundación tan lejana - sin estudiarla muy bien bajo todos sus aspectos y sin consultar al Capítulo General. Que si por nuevas circunstancias él dejase de interesarse por la fundación de Chile, él lo diría con franqueza... Ha perjudicado a la fundación chilena el hecho de que no hayan venido a formarse otros candidatos a benedictinos como se

había dicho al principio. El Rvmo. P. Abad, que es un hombre muy prudente, según me ha parecido, no quiere ni decir ni hacer nada que parezca o pueda ser interpretado como un compromiso anterior a su resolución o a la del Capítulo General de la Congregación de Solesmes. A mi juicio nada puede hacer pensar que el proyecto de esta fundación en Chile haya fracasado. Ella camina. Tiene benévola acogida en el ánimo del Rvmo. P. Abad y es bien mirada por el Prior de Quarr y por los monjes de ambos monasterios. Salvo circunstancias extraordinarias, yo no creo que haya resolución de Solesmes anterior a julio de 1937, fecha del próximo Capítulo General, para preparar el terreno y yo creo que hay que insistir en la oración, informar periódicamente, sin urgencia y en forma objetiva, al Rvmo. P. Abad sobre los tres puntos que le pueden interesar: atmósfera exterior para la fundación, expectativas de vocaciones con detalles acerca de ellas y medios materiales con que se contaría para la obra y su desarrollo. Insistir, buscar influencias exteriores dentro o fuera de la Orden, yo creo que será contraproducente.

Los benedictinos no obran precipitadamente. Si abandonaran ese compás de su vida, dejarían de estar en su método y tradición. He quedado magníficamente impresionado del Rvmo. P. Abad y de todo su monasterio. Yo diría: oración, oración, oración. Tu viejo hermano que te quiere

*Rafael Edwards*".

Se imponía, pues, una nueva espera hasta el Capítulo General de la Congregación solesmense, es decir, hasta julio de 1937, renunciando por el momento a invitar a monjes alemanes. D. Pedro se dispuso a continuar con incansable energía lo que él llamaba su "apostolado de la paciencia". No era fácil mantener la llama de la esperanza no sólo en su propio corazón, sino también en los que en Chile aguardaban el comienzo del nuevo cenobio. Particularmente delicado era esto en el caso de la benefactora Doña Loreto Cousiño de Lyon, cuyo estado de salud seguía empeorando y que en cada una de sus cartas suplicaba que se acelerasen los trámites de la fundación, ya que sentía que el día de su muerte no estaba muy lejano. D. Pedro desplegaba en sus cartas un gran esfuerzo para que no decayese el buen ánimo de aquella enferma, que ya se había despedido de todo lo terreno y de la cual dependía en gran medida el fundamento económico del futuro monasterio. Además debía vencer la resistencia, apenas disimulada, de los herederos de Doña Loreto y deshacer más de una intriga. En el mes de octubre de 1936 le escribía:

"Mi convicción se afirma cada día más en la certidumbre de que la fundación se hará y sin tardar ya mucho más. Ud. sabe, señora, que las cosas de Dios son así: mientras más grande la empresa, más sacrificios pide Dios a los que desean llevarla adelante, mayor paciencia y confianza en su Providencia. La bendición de Dios ha estado en forma demasiado visible sobre los principios de la obra como para que podamos dudar que a su debido tiempo llegará a su realización completa".

Para acelerar el proceso y comprometer más a sus superiores franceses con el proyecto de la fundación D. Pedro se dispone a llamar a tres de los aspirantes chilenos a Quarr, para que comenzasen allí su noviciado. Pero, fuese por dificultades de orden económico o por la pusilanimidad de los candidatos, tampoco este proyecto de D. Pedro pudo realizarse. Confidencialmente escribe a su hermano Juan el 27 de octubre de 1936:

"Estos atrasos y contradicciones de la fundación me han tenido un tiempo tan preocupado y abatido que me sentía casi enfermo. Pero ahora he conseguido reaccionar y veo en todo la voluntad de Dios. Si El nos quiere probar por un tiempo más es inútil "contra stimulum recalcitrare". Es muy reconfortante el optimismo espiritual de la mística inglesa del siglo XIV, Juliana de Norwich. Su refrán es: "Dios nos hizo, Dios nos ama, Dios nos conserva: "All is well, all shall be well". En estos sentimientos te deja tu hermano afectísimo y te pide tu bendición.

*Pedro*".

A fines de 1936 moría el padre de D. Pedro, D. Ramón Subercaseaux Vicuña, sin que hubiese sido posible cumplir su deseo de ser enterrado como oblato, con el hábito de San Benito, en el mausoleo familiar del Cementerio Católico de Santiago. Por tercera vez D. Pedro recibía autorización para visitar a sus parientes en Chile, pero tampoco esta vez pudo hacer más que alentar a los que esperaban y prometer que el próximo Capítulo General de la Congregación de Solesmes, en julio de 1937, daría la respuesta que él, destituido de cargo y encargo, no podía dar. Sin mayores novedades D. Pedro retornó a su Monasterio de Quarr.

En febrero de 1937 el Abad Primado de los benedictinos escribía de nuevo a Mons. Juan Subercaseaux, comunicándole que la situación de los monasterios se tornaba más y más insostenible bajo las presiones del régimen hitleriano y que él pensaba que más de una abadía estaría dispuesta a trasladarse a Chile en el caso de que se le ofreciera alguna oportunidad. D. Juan informó de inmediato a D. Pedro, que acababa de retornar a Quarr y añadía:

“Tú sabes bien lo que yo pienso acerca del particular: una fundación alemana sería muy aceptable, siempre que no dejara de ser chilena, contigo, con Lagos Y con los demás chilenos en preparación”.

D. Juan contestó al Abad Primado que había que esperar hasta el Capítulo General de Solesmes en julio de aquel año antes de considerar la posibilidad de que vinieran monjes alemanes a Chile.

#### *Algunas “fumatas negras” y humo blanco al fin (1937-1938)*

En marzo de 1937 una segunda persona del círculo de los aspirantes a la vida benedictina en Santiago era promovido a la dignidad episcopal antes de poder realizar sus deseos: el 21 de marzo (!) de 1937 el Papa Pío XI elegía Obispo de Chillán a D. Jorge Larraín Cotanos. El 25 de abril recibía la consagración de obispo en la Catedral de Santiago por Mons. José Horacio Campillo, Arzobispo de Santiago, siendo uno de los asistentes Mons. Juan Subercaseaux. Al igual que éste dejaría un nombre radiante en su diócesis promoviendo la renovación litúrgica y edificando una nueva y moderna catedral, después de que fuera destruida la antigua por el terremoto de 1939.

En mayo de 1937 D. Carlos Peña Otaegui, primo de la esposa de D. Pedro, anunciaba a éste la formación de la “Sociedad mobiliaria de Las Condes”, encamada de administrar los bienes del futuro monasterio después de la promoción de D. Jorge Larraín a la sede de Chillán. Su presidente era el mismo D. Carlos Peña, hombre de vasta cultura, historiador y propietario de la chacra “Lo Fontecilla” en cuya casona del siglo XVII irían a hospedarse los monjes fundadores. Asesor eclesiástico era el presbítero Elías García Huidobro, tesorero: D. Horacio Valdés, cuñado de D. Pedro; arquitecto y consejero: D. Juan Lyon, hermano de Doña Elvira; abogados: D. José Luis Ureta Rozas y D. Luis Larraín. Todos estaban listos “ad abbatiam aedificandam” escribía D. Carlos Peña.

En su respuesta a D. Carlos Peña, en junio de 1937, D. Pedro informa a éste sobre el estado favorable de la situación. El P. Abad Cozien había estado últimamente en Quarr y había hecho varias preguntas sobre Chile, lo que se podía interpretar como una manifestación de su interés. Más fructífera aún había sido su conversación con el P. Prior de Quarr, D. Gabriel Tissot:

“Este me dijo que, según entendía él, el P. Abad deseaba que la fundación chilena dependiese no de Solesmes, sino de Quarr, en cuanto este monasterio ascienda al grado de abadía autónoma. La principal tarea del Capítulo General será precisamente

discutir y resolver este ascenso de Quarr y está en el interés de todos que este asunto se lleve a cabo lo más pronto posible. Las ventajas para nosotros si dependiésemos de Quarr serían grandes. Dom Tissot (no puede ser otro el futuro abad) reúne las mismas cualidades del malogrado D. Bouvet y se distingue además por una robusta salud y un carácter resuelto y ejecutivo, que nos libraría de las inevitables lentitudes del régimen de Solesmes. Me dio a entender D. Tissot que ya tiene formado un plan muy claro para lo de Chile y me dio gusto ver que coincidía ese plan con el que yo tenía pensado por parecerme el más rápido y seguro para nuestro caso. Como ves, las noticias son pocas, pero buenas y alentadoras. Espero todavía sacar algo más en limpio antes del Capítulo General en julio; pero deben recordar que yo en mi calidad de soldado raso no puedo insistir ante mis jefes para que me anticipen sus planes. Esto es más difícil aún tratándose del actual P. Abad, que es la reserva misma y no confía de la mayoría de sus pensamientos ni a sus consejeros más íntimos”.

En julio de 1937 tenía lugar por fin el tan ansiado Capítulo General de la Congregación de Solesmes, cuyas decisiones irían a tener proyecciones históricas mucho más allá de las fronteras de Francia. En él se decidiría la elevación del Priorato de Quarr en Inglaterra al rango de Abadía, el nombramiento de Dom Gabriel Tissot como su primer Abad y el Abad de Solesmes presentaría a los capitulares el informe de Dom Genestout sobre la Regla del Maestro como fuente de la Regla de San Benito, tesis en aquel entonces enteramente revolucionaria y que con el correr del tiempo produciría grandes mutaciones en la interpretación de la Regla y en la misma imagen de San Benito. Pero en el mismo Capítulo se decidiría también -y por fin- la fundación del Monasterio de la Sma. Trinidad de Las Condes en el “Pays si lointain du Chili”, en el *Finis Terrae* de América latina. Habían transcurrido veinte años desde el primer e ilusionado intento del seminarista Juan Subercaseaux para interesar al Abad Dom Delatte en la fundación de un monasterio de Nuestra Señora de los Angeles en Chile; diecisiete años desde el ingreso de D. Pedro Subercaseaux al postulante de la Abadía de Quarr; siete años desde el primer esbozo de un monasterio en el cerro San Cristóbal de Santiago y dos años desde la donación del terreno para edificar el monasterio.

Se había presentado al Capítulo General un informe muy completo sobre la fundación chilena, que abarcaba los siguientes acápite: 1. Consideraciones generales (utilidad de la fundación, esperanza de vocaciones); 2. Lugar del monasterio; 3. Edificio y planos, 4. Recursos económicos; 5. Vocaciones benedictinas en Chile.

En el capítulo 4. sobre los recursos económicos interesa destacar las siguientes observaciones del documento:

“Como recursos económicos posibles se podría señalar la venta de objetos de arte sagrado que produciría un taller organizado en el monasterio. El gusto por los trabajos artísticos de toda clase está muy difundido en Santiago. Y es muy probable que artistas más o menos dotados se presentarán entre los postulantes. Los objetos de arte sagrado que actualmente se venden en el país, son caros y de mal gusto (representan lo peor de lo que producen S. Sulpice y Barcelona). Se puede, pues, esperar que se venderán casullas, cálices, pinturas, hechos o diseñados por los monjes”.

De hecho la comunidad viviría en los primeros años en gran parte gracias a los cuadros de D. Pedro y a los frescos que pintó en varias iglesias y la vocación estética del Monasterio de Las Condes es algo muy marcado, pero nunca se habría de llegar a una producción organizada de objetos de arte sagrado.

Respecto de las vocaciones el informe es por demás optimista:

“Todo parece indicar que habrá un número suficiente de vocaciones”.



En 1935 había un grupo de cinco sacerdotes y diez jóvenes que aspiraban a ingresar a la nueva fundación, alentados y en cierto modo dirigidos por D. Juan Subercaseaux, que ya era obispo y los sacerdotes Manuel y Jorge Larraín, que llegarían a serlo en el mismo año de la fundación; pero por la larga espera la mayoría había ingresado a otras congregaciones.

El 13 de agosto de 1937 D. Pedro comunicaba a su hermano D. Juan Subercaseaux el resultado favorable del Capítulo General:

“Querido Juan:

Sólo ahora tengo una noticia que dar y es buena, aunque no sea todo lo que esperábamos. Anoche llegó el P. Prior D. Tissot de Solesmes y me acaba de dar el siguiente mensaje: El Rvmo. P. Abad de Solesmes ha decidido encargarse de todo lo relacionado con Chile al futuro Abad de Quarr, D. Tissot. Dice a su vez D. Tissot que en cuanto esté instituido en su nuevo cargo (en octubre) se pondrá directamente en relación con el Arzobispo de Santiago o su representante para las gestiones del caso. Lo más pronto que le sea posible irá el Abad de Quarr a Chile, llevándome consigo. Este viaje no podrá realizarse antes de enero próximo, pero de todos modos se hará antes de junio. No ve D. Tissot por su parte inconveniente a que se empiece el edificio para ganar tiempo, con tal de que no se considere esto como un compromiso formal para él. Hay esperanza de que envíen a Chile a algunos de los monjes jóvenes de Solesmes que más prometen”.

Pero precisamente entonces, cuando los corazones se levantaban en júbilo, surgía un nuevo contratiempo de parte de la donante, Doña Loreto Cousiño, cuya salud había declinado a tal punto que se sintió urgida a enviar a D. Pedro un verdadero *ultimatum*. Su carta, con fecha del 11 de octubre de 1937, después de manifestar sus presentimientos de una muerte cercana y su disposición a presentarse al juicio del Señor de un momento a otro, proseguía:

“En consecuencia, la fundación benedictina en Chile me absorbe en estos momentos y considero de urgencia dejarla solucionada para poder morir en paz. Quiero recordarle, muy estimado Padre, que desde las primeras gestiones que se hicieron con los benedictinos, a raíz de la muerte de mi marido hasta la fecha ya han transcurrido cerca de cinco años y medio. Y mientras tanto la gloria de Dios y el bien de las almas duerme... Mi corazón se resiente grandemente con esta consideración... Si Dios ha permitido que esta obra se realice por mi medio por lo mismo quedo yo responsable ante El y bien estrecha cuenta he de darle si por mi inacción las cosas no se llevan a cabo. No hablo de un período lejano. No quiero hacerme ilusiones. Por lo tanto es en este sentido que me dirijo a Ud., Padre, para rogarle se digne ser mi intérprete para con el Rvmo. P. Abad y decirle que yo le suplico que si los Padres Benedictinos no pueden estar en Chile para la fundación de Las Condes el 6 de enero de 1938 que tenga a bien dejar las cosas como están para que todo pase de nuevo al Arzobispado y pueda yo, de acuerdo con el Sr. Arzobispo, darle otro giro a la fundación. Le pido me perdone esta determinación, pues todo tiene su límite y es mi conciencia la que habla. En espera de su grata contestación le queda una vez más su afectísima y agradecida servidora en Cristo.

*Loreto Cousiño de Lyon”.*

Probablemente la donante al escribir esta “exhortatio in extremis” no estaba informada sobre la decisión positiva del Capítulo General o, avezada a tantas dilaciones, no daba mucho crédito a noticias y promesas provenientes de Europa. Posiblemente también habían hecho su obra ciertas presiones familiares. El hecho es que la moribunda con sombría fuerza quería provocar decisiones instantáneas, que difícilmente se podían dar. D. Carlos Peña, enterado por otro conducto de la impaciencia de Doña Loreto, urgía alarmadísimo a D. Pedro que lograra acelerar los pasos de sus superiores y le confesaba “tú sabes que en el fondo ella tiene

suficiente razón”.

Cabe imaginarse la zozobra de D. Pedro ante la noticia de un posible desmoronamiento del frente chileno cuando justamente se había ganado la batalla más difícil en las líneas francesas. Contestó de inmediato a D. Carlos Peña comunicándole que el P. Prior de Quarr, D. Gabriel Tissot, no podía viajar a Chile antes de su bendición como Abad y que el decreto que lo confirmaba como tal estaba retenido en alguna oficina del Vaticano en espera del término de las vacaciones. Habría que esperar, pues, forzosamente hasta fines de octubre. Le encargaba a D. Carlos Peña que persuadiera a Doña Loreto a aplazar su *ultimatum* hasta el 5 de junio de 1938, como había sido convenido anteriormente y terminaba:

“Recuerda y haz recordar que estamos metidos en una obra de Dios, quien se encargará de llevarla a cabo, pese a quien pese. Todo indica que la solución vendrá ya muy luego, pero tengamos fe y a rezar fuerte”.

A la Sra. Loreto escribe el 23 de octubre:

“Ya pasó el tiempo de las incertidumbres y de las esperanzas vagas. Todos aquí, incluso los superiores, consideran la fundación como un hecho seguro Y que sólo un trámite de oficina ha venido a demorar algunas semanas... El Señor ha exigido mucho de Ud., señora (y de mí también, se lo aseguro). Pero el Padre del Cielo, después de hacerla pasar por amarguras le dará fuerza y salud para ver realizados sus anhelos. Y su gloria no perderá con la demora, pues él no mide las cosas con medida humana; y quién sabe si sus sacrificios y su paciencia no valen tanto ante El como hubiese valido una realización más rápida de su obra”.

### *La implantación en el valle de Las Condes*

D. Pedro vivió con impaciente alegría su última Navidad en Europa y el 27 de diciembre de 1937 el Priorato de Quarr era elevado al rango de Abadía y el Prior D. Tissot era nombrado Abad. El 25 de enero de 1938 tuvo lugar la bendición abacial. La casa madre del futuro Monasterio de Las Condes había sido fundada como monasterio benedictino en el año 1132, afiliándose a la reforma cisterciense en 1147 y siendo suprimido por el rey Enrique VIII el año 1536. En 1902 los monjes de la Abadía de Solesmes hallaron allí un refugio por espacio de veinte años. Cuando la mayoría de la comunidad pudo retornar a Francia, Quarr quedó como casa dependiente de Solesmes, constituida el 15 de enero de 1925 como Priorato simple. El Abad fundador de Las Condes, D. Gabriel Tissot, había nacido en 1886, profesado como monje en 1908 y recibido la ordenación sacerdotal en 1913. Su primera tarea como abad iba a consistir precisamente en la realización de la fundación en Chile. Pocos días después de su bendición abacial, el 2 de febrero de 1938, iba a emprender junto con D. Pedro el viaje en avión a Chile. En el aeropuerto de Los Cerrillos fueron recibidos con incrédulo gozo por los restos de la “pequeña grey” pro-benedictina. Siguió días de gran actividad y de tomas de contacto con diversas autoridades, la Sra. Loreto, el arquitecto, la firma constructora, los postulantes. Dom Tissot elaboró una especie de programa para el futuro monasterio, en el que entre otras cosas se podía leer:

“Una vez llegados a Chile los monjes fundadores escogerán entre los candidatos un grupo de sacerdotes que sepan suficientemente el francés y cuyo número, junto al de los fundadores, no pase de la docena. No se admitirá ningún postulante más durante un tiempo determinado (seis meses, un año). Los postulantes del primer grupo deberán, además de su formación monástica, perfeccionar su conocimiento del francés, mientras que los Padres europeos aprenderán el español. Cuando el primer grupo haya recibido cierta formación se admitirán nuevos candidatos que encontrarán así, desde su entrada una atmósfera monástica, un comienzo de tradición. Entre los

candidatos habrá quizás alguno con experiencia en la administración de las casas religiosas y que podrán, sin tener el título, ayudar eficazmente al P. celerario. Otros habrán enseñado en los seminarios o habrán estudiado el canto según los libros o los discos de Solesmes. Todo esto facilitará el trabajo y permitirá a ciertos postulantes a llenar cargos que normalmente están reservados a monjes profesos. Los chilenos quisieran que llegara un grupo numeroso de monjes, toda una comunidad. Parece sin embargo, que dadas las circunstancias tan favorables un número reducido de fundadores -cuatro o cinco- será suficiente para asegurar un buen resultado.

Hace un año se ha pedido a los candidatos chilenos que no pensasen en ningún proyecto sobre los trabajos que podrá realizar el futuro monasterio, sino de remitirse simplemente a sus superiores, de los que recibirán la obediencia cuando sea oportuno.

Del mismo modo el Sr. Arzobispo ha manifestado que tiene mucho interés en dejar que la obra se funde y se desarrolle en toda libertad, según sus propias tradiciones y sin ingerencia de parte suya que pudiese desviar a la comunidad de su ideal monástico. Todos están de acuerdo en reconocer las ventajas que aportaría un monasterio cuyo ideal sería, en el fondo, el de Solesmes.

Todavía no es seguro si se exigirá del monasterio la administración de una parroquia. En todo caso será lógico que esa parroquia no abarcara sino el vecindario inmediato del monasterio.

El Sr. Arzobispo de Santiago desea que cuando el período de formación haya terminado, el monasterio llegue a ser, en cuanto fuese posible, un centro de vida espiritual y un apoyo moral para el clero secular. Parece que aquel deseo se podría realizar recibiendo a sacerdotes como huéspedes, quizás en pequeños grupos. Esto podrá dar ocasión a ciertos monjes jóvenes a desbordar el exceso de su celo religioso sin salir de la casa.

Un trabajo que también se espera de los monjes y que prestaría grandes servicios a toda la América española sería la traducción de libros del inglés o del francés. Aquel trabajo tendría además cierta semejanza con la copia de manuscritos que practicaban los antiguos monjes.

Santiago es una ciudad de gran gusto artístico y no son pocos los talentos que se encuentran en ella. Quizás se podría formar un día un taller de arte religioso.

Lo principal, naturalmente, es que todas aquellas actividades mantengan a los monjes dentro del cuadro de la vida puramente monástica y les impida el “vagandi foras”.

Las instrucciones personales que el abad D. Gabriel dejó a D. Pedro antes de su partida tampoco han perdido su valor programático después de tantos años. Decían así:

“Estoy seguro, querido Padre Pedro que Ud. mismo deseará permanecer lo más posible en una vida estable y recogida. No pida Ud. dinero a nadie. No dé Ud. la impresión de que los monjes corren detrás del dinero o de que quieran entrar en competencia con alguna otra comunidad. Haga sin temor los gastos necesarios, verdaderamente útiles. Evite todo lo superfluo. Mantenga lo mejor que pueda los tiempos de oración y de *lectio divina*. Hemos hecho lo mejor para prever y preparar todo. Continuaremos, pero en espíritu de abandono, guardándonos contra el impulso de impaciencia: “Nisi Dominus aedificaverit domum”... si Él lo quiere y a la hora en que quiera.

Gabriel Tissot, Abad de Sta. María de Quarr  
Santiago, 9 de marzo de 1938”.

Mientras D. Pedro se quedaba en Santiago, para dirigir los trabajos de preparación el Abad fundador retornaba a Europa para recabar en el Vaticano las aprobaciones necesarias. El 23 de julio del mismo año el Cardenal Secretario de Estado Pacelli dirigía al P. Abad la siguiente carta:

“Muy Rvdo. P. Abad:

He leído atentamente la carta que S.R. me envió el 10 de mayo pasado y que concierne la fundación de un monasterio de benedictinos en Chile, según un proyecto que data de largo tiempo atrás y que ahora ha sido realizable gracias a generosos benefactores.

Ya que la Congregación francesa ha aceptado enviar un primer contingente de religiosos y S.R. ha tenido cuidado de preparar en la Abadía de Sta. María de Quarr los primeros monjes destinados a Chile, el Santo Padre no tiene ningún reparo en autorizar esta fundación.

Debe El sin embargo expresar un deseo: y es que sean tomadas las precauciones y las medidas necesarias a fin de que puedan ser guardados la regularidad y el fervor de la vida monástica. Su intención es, pues, que desde el momento en que la construcción del nuevo monasterio lo permita los religiosos que deban ocuparlo sean enviados en número suficiente como para que la Regla monástica pueda ser observada plenamente y la casa tenga su propio noviciado regularmente establecido. Es evidente que este noviciado -necesario para las vocaciones que vengan del país- no podrá existir antes de que haya en el monasterio una comunidad considerable con plena observancia regular. El Santo Padre desea también que el Monasterio de Santiago permanezca afiliado a la Congregación de Francia hasta que sea posible formar una Congregación monástica de Chile, pues un monasterio benedictino aislado en aquella lejana república no ofrecería fácilmente las garantías necesarias para un desarrollo feliz.

Su Santidad hace votos por un feliz nacimiento de la vida benedictina en Chile y en la esperanza viva de que aquella vida de oración y trabajo pueda encontrar en ese país su más pleno desarrollo, envía desde ahora y de todo corazón una especial bendición apostólica”.

Firmado: Eugenio Cardenal Pacelli

Una lectura atenta de este histórico documento revela que en el concepto del Cardenal Pacelli la implantación de la vida monástica exigía comunidades relativamente numerosas y que el número era garantía de observancia “completa” de la Regla de San Benito. Habría de tener consecuencias desfavorables para el Monasterio de Las Condes el que estas sabias disposiciones de la máxima autoridad de la Iglesia no hubiesen sido tomadas suficientemente en cuenta por la Congregación de Francia. El pequeño grupo de cuatro monjes (cinco si añadimos a D. Pedro) que después de muchas hesitaciones fue enviado finalmente a Chile, no pudo proyectar una imagen de la vida monástica suficientemente convincente como para atraer y sobre todo retener a postulantes. El estallido de la segunda guerra mundial privaría además a la joven fundación del reaprovisionamiento material espiritual y personal de la casa madre. El Monasterio de la Sma. Trinidad obtenido a costa de tantas esperas y sacrificios no lograría en el primer decenio despegar de la humilde tierra de sus comienzos, hasta que la visita canónica de 1947 pondría fin a la agonía decretando la supresión de la casa.

D. Pedro, acompañado esta vez por el segundo monje benedictino chileno, el P. Eduardo Lagos, enviado de Quarr a Las Condes en 1943, en plena guerra, iría a tener que librar una segunda batalla por la sobrevivencia de la fundación, tan ardua como la primera, aunque más breve, para lograr que el monasterio, abandonado ya por la Congregación francesa, fuese admitido en la Congregación alemana de Beuron y restaurado por ella en 1948.

En los gozosos días de 1938 D. Pedro ignoraba el peso del destino que pesaría sobre la nueva fundación y era una gracia de Dios que lo ignorase. El viernes 28 de octubre llegaba el pequeño grupo de los monjes franceses a la estación Mapocho: el P. Prior Dom Berard, el celerario Dom Blazy, el cantor y organista Dom Desrocquettes y el Hno. Rafael, jardinero y hortalicero, el único de los cuatro que moriría en Las Condes. El recibimiento fue solemne y triunfal, ya que fuera de los numerosos amigos, se había presentado el Sr. Embajador de Francia para presentar sus saludos. Una numerosa comitiva de automóviles condujo a los religiosos a la chacra de Lo Fontecilla, propiedad de D. Carlos Peña, en cuya casona colonial encontraron su monasterio provisorio. Al llegar al portón de Lo Fontecilla el dueño de casa hizo resonar la campana de la pequeña capilla. El sábado 29 de octubre se comenzaba el oficio divino con las primeras vísperas de la fiesta de Cristo Rey y en el refectorio se iniciaba la lectura de la Biblia en latín con el libro de los Hechos de los Apóstoles.

El 2 de noviembre la comunidad recibía la primera visita episcopal: D. Juan Subercaseaux, Obispo de Linares y ese mismo día comenzaban los preparativos para la colocación y bendición de la primera piedra del futuro monasterio en la propiedad donada por la Sra. Loreto. Esta, a pesar de sus temores, estaba viva y podía ver con sus propios ojos la realidad de sus piadosos deseos e incluso iría a presenciar diez años más tarde la llegada de los monjes beuronenses, después de la decepcionante partida de los franceses. El llamado del Señor al juicio, al cual ella se había preparado tan concienzudamente, no le vino sino cuando el monasterio estuvo bien establecido.

La alegría de los comienzos se vio ligeramente alterada por el triunfo de D. Pedro Aguirre Cerda en las elecciones presidenciales, apoyado activamente por el Partido Comunista que había logrado que en el programa de gobierno figurara el proyecto de expulsión de todos los religiosos extranjeros. Afortunadamente tal medida nunca llegó a concretarse.

El 4 de diciembre tenía lugar la colocación y bendición de la primera piedra del monasterio, realizada por el Sr. Arzobispo de Santiago Mons. Horacio Campillo en presencia del Sr. Embajador de Francia, del Alcalde de Las Condes y de más de doscientos amigos.

El P. Eduardo Lagos, que todavía se encontraba en Quarr, se hizo presente por una carta fraternal y en gran medida profética, escrita al P. Pedro. Le decía:

“Por fin se ha realizado el sueño dorado de su vida. Las dificultades han desaparecido para dar lugar a otras: esas que se encuentran implicadas en la vida monástica misma. Prepárese, Padre, porque a Ud. le tocará en gran parte soportar las dificultades de los primeros años de un monasterio, siempre duras e ingratas. A Ud. le tocará alentar a los demás cuando el ánimo y el coraje comiencen a desaparecer”.

D. Pedro iría a ser fiel a su misión de animar y dar coraje hasta en las circunstancias más difíciles; nunca iría a ocupar ningún cargo jerárquico: como todo animador sabía mantenerse al margen y lo hacía con humor y profunda modestia.

También Dom Agustin Savaton, Abad de Wisques, que había contribuido a la fundación del nuevo monasterio con el envío del Hno. Rafael Van Hecke, manifestaba al P. Pedro su alegría por el acontecimiento:

“El Abad de Wisques se ha demorado, querido P. Pedro, en expresarle su alegría por esta primera piedra. Esto es un acontecimiento. Las obras divinas se hacen lentamente, en el sufrimiento, de una manera desconcertante, pero Dios es fiel. No hay más que continuar sembrando, plantando, edificando, sin preocuparse del mañana. Yo acompaño con mi oración la pequeña caravana y por medio, de mi Hno. Rafael María seré un poco uno de Uds. allá lejos... El querido Hno. parte a Chile lleno

de ardor y confianza. *Cuando vengan las horas difíciles* la caridad de todos le dará valor. Tiene una gran habilidad manual y servirá para enseñar mil cosas a los candidatos que se presenten. Un monasterio no arraiga en un país sino con inmenso trabajo, con paciencia, con sufrimiento. Ante todo hay que tener confianza en Dios y renunciar a las realizaciones inmediatas demasiado opulentas. Le deseo a Ud. y a los demás fundadores profunda paz y la alegría monástica. Que San Benito dé a todos el “Espíritu al cual sirvió”. Todos nuestros santos del cielo están con Uds.!

Agustín Savaton”.

Sobre aquella primera piedra iría a levantarse un edificio conventual de tres pisos, con la severa hermosura del ladrillo a la vista, con amplias escaleras, pulcras y asoleadas celdas, claustro tradicional de arcadas de medio punto y una hermosa capilla. Si en aquellos años una rústica soledad protegía la propiedad no excesivamente amplia de los monjes, poco después de la llegada de los religiosos beuronenses, la ciudad ya había extendido sus tentáculos de ruido y contaminación en torno de ella. Se decidió entonces el traslado a un lugar más alejado de la misma región de Las Condes, en el cual se levantó en 1954-1956 el nuevo monasterio y en 1965 la gran iglesia de la Sma. Trinidad. El primero en saludar con alegría este traslado, que implicaba el abandono de todo lo que él había levantado en años de austero y muchas veces solitario trabajo, fue el P. Pedro. Sólo entonces se reconoció la verdadera dimensión de su desapego y dócil obediencia. Los últimos meses de su vida los ocupó en la redacción de sus Memorias y en los bocetos para los frescos de la nueva iglesia. Pocas semanas antes de que la comunidad se trasladara a la nueva casa el Señor lo llamó a su reino el 3 de enero de 1956. En el cementerio monástico de Las Condes, donde desde entonces descansan sus restos mortales, sólo lo había precedido el Hno. Rafael María Van Hecke. El haber sido el primer monje benedictino chileno para él significó renuncia, larga paciencia y desapego; para sus descendientes espirituales en el seguimiento de Cristo según la Regla de San Benito, gloria y honor.

*S. Benito de Llíu-Llíu  
Chile*